

LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA Y LA ACTUAL CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO EN CHILE

Carlos Carrasco G.*

RESUMEN

Se describen las distintas modalidades que experimenta actualmente la actividad arqueológica en Chile. Se asocian estas modalidades a la situación social, política y económica de nuestro país y se asume que estamos en presencia de una nueva etapa de desarrollo histórico de nuestra disciplina. Se pone énfasis en las tres principales formas de ejercer la arqueología actualmente en Chile y se plantea que a partir de éstas, se hace cada vez más notoria una dicotomía entre arqueología científica y profesional. También se describe brevemente las características que adopta esta nueva etapa de desarrollo de la arqueología en Chile.

Palabras claves: Actividad arqueológica, construcción de conocimiento arqueológico.

ABSTRACT

This paper describes the different ways in which the archaeological activity actually develops in Chile. This ways are related with the social, political and economical situation in Chile and it is assumed that we are leading with a new stage of historical development from our discipline. It is emphasized the three different forms in which archaeological work is making on and it is assumed that they are responsible of even more clear dichotomy between scientific and professional archaeology. Also we describes briefly the principal characteristics from this new stage of development of the chilean archaeology.

Key words: Archaeological activity, archaeological knowledge building.

Introducción

La arqueología, en cuanto actividad intelectual, orienta sus esfuerzos hacia el conocimiento de diversos aspectos del pasado de las sociedades humanas, consiguiendo sus objetivos a través del estudio de los restos materiales dejados por sus actividades, con apoyo en otras disciplinas y perspectivas teóricas y metodológicas. Esta actividad, practicada en nuestro país tanto por arqueólogos profesionales, como por profesionales provenientes de otras disciplinas, preparados y/o experimentados en arqueología, ha producido un conocimiento bastante íntegro en relación a las diversas problemáticas de la ocupación humana, sobre todo prehispánica, dentro del territorio nacional. Asimismo, es destacable el creciente grado de profesionalismo y científicidad asociado estrechamente a su desarrollo histórico.

Hay acuerdo que a fines de la década del '60 y comienzos del '70, se habría inaugurado una nueva etapa de la actividad, reconocida como moderna en función de una especialización metodológica (excavaciones estratigráficas), el inicio de la docencia, y el aporte de nuevas posiciones teóricas presupuestas en la investigación (Berenguer 1993, Cornejo 1997, Orellana 1993, 2000). Hoy, como producto de la consolidación del sistema neoliberal en nuestra economía política, asociada a una cultura posmodernista global, es posible reconocer que a partir de los primeros años de la década de 1990, hemos ingresado a un nuevo momento de desarrollo histórico al interior de la disciplina, marcado entre otros factores, por un incremento de la actividad vinculado a diferentes modalidades de ejercicio, algunas alejadas del ámbito académico que históricamente ha generado y dirigido

* La Farfana 410, Maipú, Santiago. E-mail: c_acg@yahoo.com; carrcag@gmail.com

las investigaciones en Chile, destacando de manera considerable el desarrollo de estudios al interior del Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) en el marco de las leyes 19.300 y 17.288.

En este escrito abordo el tema de las formas de ejercicio de la actividad arqueológica en Chile, o *praxis* arqueológica, y los aportes que éstas generan en función del total de conocimiento hasta ahora acumulado. Realizaré una descripción con algunos comentarios acerca de cómo se ejerce la arqueología en Chile en esta última etapa de su proceso histórico, discriminando las principales líneas de actividad reconocidas y desarrolladas por aquellos que conformamos la comunidad chilena de arqueología (de acuerdo a lo entendido por Khun 1967). Posteriormente se presenta un breve análisis donde se contraponen los términos de arqueología profesional y científica de acuerdo con las particulares formas de ejercicio que redundan en la construcción de conocimiento arqueológico. Y finalmente, se describe más o menos cuales serían las principales características de este nuevo momento dentro del desarrollo histórico de la arqueología, a partir del ejercicio de la misma.

He omitido dos temáticas de bastante importancia que van unidas, pero que ameritan ser expuestas con mayor profundidad, haciendo referencia a ellas sólo de manera tangencial: por un lado, la contextualización histórico-social (política y económica) del momento en que nos desenvolvemos como arqueólogos, y por otro, los planteamientos epistemológicos y teóricos (que aunque escasos, no debe negarse su existencia) vinculados a aquel contexto, así como los antecedentes posmodernistas de ambos, al interior del desarrollo disciplinario (puede consultarse Gallardo 1993, 1994, Cornejo 1993, Miranda 1993). Estas temáticas debieran, no obstante, ser tratadas en otro espacio.

Muchas de las afirmaciones con las cuales construiré mi argumento se basan en visiones particulares vinculadas a mi propia experiencia en el ejercicio activo con equipos de arqueólogos desde principios de la década del '90. Por lo tanto, es altamente probable que existan apreciaciones que puedan ser consideradas como parciales o erradas, pero que, sin embargo, configuran mi opinión al respecto. Asimismo, hay situaciones que conozco mejor que otras, lo que redundará en que en mis referentes empíricos haya más énfasis en ciertos temas y/o áreas geográficas determinadas. Tampoco he considerado toda la literatura hoy publicada en Chile, por lo que evidentemente habrá omisiones de textos que puedan resultar importantes al tema.

El ejercicio disciplinario

De acuerdo con una primera aproximación, es posible reconocer actualmente tres formas básicas de ejercicio arqueológico (especializado) en Chile. Estas son: la Arqueología de Formación y Difusión o Arqueología Académica, la Arqueología de Impacto Ambiental y la Arqueología de Investigación.

Evidentemente esta separación cumple un objetivo meramente operacional, por un lado debido a que nuestro *ethos* profesional nos otorga la versatilidad necesaria para ejercer y producir conocimiento, opcionalmente y de acuerdo a nuestros intereses más particulares, en cualquiera de estos ámbitos y en más de uno a la vez; mientras que por otro, esta separación permite una mejor visualización estratégica de nuestro desempeño.

La Arqueología de Formación y Difusión

La *Arqueología de Formación y Difusión* ejercida en universidades y museos, dice relación con la enseñanza de la disciplina a las nuevas generaciones de arqueólogos, así como su difusión al medio social. Esta arqueología, especialmente aquella cultivada en las universidades, resulta significativa ya que cruza a las otras al ser la formadora de arqueólogos, quienes se capacitan para ejercer la disciplina de manera seria y eficiente. Es la encargada de la entrega de conocimientos a quienes lo producirán al interior de la actividad. Aun cuando en la academia y museos también se genera conocimiento, se debe enfatizar la diferencia entre la construcción misma de éste, y entre la formación de quienes deben generarlo y aplicarlo.

La enseñanza universitaria de la arqueología en Chile, se habría iniciado según Orellana (1993), hacia 1963 al interior de la sección de Historia de la Universidad de Chile, sin considerar un curso de prehistoria que dictara Latcham en 1936. No obstante, sólo en 1969 se crea la Licenciatura en Filosofía con mención en Arqueología y Prehistoria, ingresando la primera generación de estudiantes en 1971.

Hacia 1970 hubo dos intentos por aumentar las emergencias académicas de la arqueología: en la Universidad de Concepción y la Universidad del Norte, sede Antofagasta. La primera instancia, al interior del Departamento de Antropología, no produjo arqueólogos titulados, en tanto que en la segunda se alcanzó a recibir dos ingresos en los años 1972 y 1973, alcanzando el título 18 arqueólogos. Estas instancias fracasaron por obra y gracia de la dictadura militar instaurada en Chile desde 1973 (SChA 1995).

La Universidad de Chile ostenta hasta hoy la calidad de ser la única Institución de Educación Superior que ha otorgado el grado académico de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología, además del título de Arqueólogo en nuestro país. Un muy alto porcentaje de quienes ejercen hoy la actividad en Chile, lo hacen con la formación recibida en la Universidad de Chile.

No obstante, hoy existen dos instituciones privadas que ofrecen la Carrera de Arqueología, aunque aún no han generado egresados, licenciados ni titulados: la Universidad Internacional S.E.K. y la Universidad Bolivariana en sus sedes de Santiago e Iquique. Además, recientemente, se ha abierto la Carrera de Antropología (con mención en Antropología Sociocultural y Arqueología) en la Universidad de Tarapacá. Cabe destacar la reciente formación en postgrados que ofrecen en conjunto las Universidades de Tarapacá y Católica del Norte (UTA-UCN) en Arica y San Pedro de Atacama, lo que es un paso nuevo y de bastante importancia en la mejora y especialización de la formación académica en Chile.

La apertura de nuevas carreras de arqueología en las instituciones privadas señaladas, causó en primera instancia algo de incomodidad en algunos arqueólogos, quienes se cuestionaron desde la necesidad de abrir más oferta académica, hasta la calidad de la formación; temas escasamente discutidos. Tal apertura, producto del libre mercado en que se insertó a la educación en Chile, ha dejado en evidencia una vez más, nuestra inevitable pertenencia al medio en que nos desenvolvemos, lo que nos obliga a tomar posición en tanto científicos sociales (o simplemente como arqueólogos) respecto de situaciones que se enmarcan fuera del ámbito de acción de nuestra disciplina, como lo es las necesidades y ofertas del mercado laboral y académico.

No obstante, un aspecto positivo puede buscarse en que la competencia generada por este aumento en la oferta, situación propia del modelo económico dominante, que obliga a discutir acerca de la calidad de la formación en nuestro país, las líneas temáticas desarrolladas y a desarrollar, y las posiciones teóricas a adoptar. Esto no sólo en las nuevas escuelas, sino que también en la formación tradicional, ya que quienes mayoritariamente asumen cargos y/o ejercen en estas instituciones, son y han sido formados en la Universidad de Chile.

Asimismo, contar con desarrollos disciplinarios descentralizados de los espacios institucionales tradicionales, puede dar inicio, en el mediano y corto plazo, al tan esperado debate teórico y metodológico al interior de la disciplina, ya que por primera vez se tendrá la posibilidad de ampliar e intensificar la búsqueda de conocimiento, pudiéndose generar una mayor concentración en problemáticas regional y temáticamente diferenciadas, por parte de las distintas escuelas (ya sea con énfasis en la investigación o la aplicación).

Por su parte, los museos son considerados un producto social en origen, contenido y uso, y debieran construir puentes entre la investigación, la educación como constructo social y el aprendizaje significativo como logro individual que se retroalimenta socialmente en forma constante (Córdova *et al.* 2004).

Para Cornejo (1993), una de las manifestaciones sociales más concreta de la arqueología, encuentra expresión en los museos, como es la posibilidad de ser críticos sociales y mostrar al público la existencia de la diversidad

cultural, desafiando los conceptos de los espectadores. *“La prehistoria puede abrir el espectro de percepción social del “otro distinto”; de aquellos que no comparten la cultura dominante en el país... El camino de la tolerancia y la valoración de aquellos que no son como nosotros pasa por comprender que la historia humana es una historia de múltiples diversidades”* (Op. cit.: 52).

Los museos conforman puentes entre el espacio científico y el público general o espacio social. Han sufrido transformaciones conceptuales asociadas a las distintas perspectivas teóricas, no obstante, mantienen su rol y se constituyen como espacios útiles y necesarios en la educación social. Desde los museos también se ha ejercido la investigación, resultando importantes en el desarrollo histórico de la disciplina (Cornejo 1997). Asimismo, en términos de práctica arqueológica, estas instituciones están constantemente gestionando recursos para mejorar la infraestructura, investigación y difusión.

La Arqueología de Impacto Ambiental (AIA)

Esta modalidad se define básicamente por estar regulada al interior del Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) a que son sometidos los proyectos de desarrollo socio-económico que involucren una alteración al medio donde se despliegan, en concordancia con las Leyes de protección del medioambiente y de Monumentos Nacionales (19.300 y 17.288 respectivamente). Cáceres (1999) advierte que el concepto de investigación en este ámbito se ve en principio restringido, ya que el *problema de investigación* surge principalmente del interés de aquellos que necesitan saber si en el área de influencia de su proyecto de inversión se encuentran sitios arqueológicos que puedan ser afectados directa o indirectamente durante las etapas de construcción y operación del mismo. La investigación no surge desde el interior de la disciplina, sino desde agentes externos al medio disciplinario, insertando a ésta directamente en el medio social, y no en el académico.

Dillehay (2004) llama a esta modalidad Arqueología Ambiental (AA), y estima como observador externo, que alrededor de 1996 cerca del 30 o 40 % de los arqueólogos nacionales se dedicaba a esta práctica, situación que debe haberse incrementado en función de un crecimiento entre un 10 y un 20% de la actividad (gracias a la AA), hacia los primeros años de la década del 2000.

También señala los múltiples temas que es posible discutir a partir de la AIA, dada la cantidad de situaciones en que se trasponen intereses relacionados al ejercicio de la disciplina como a los productos de éste, además de las considerables relaciones que se establecen entre los arqueólogos particulares e institucionalizados y las instituciones privadas y estatales como por ejemplo las universidades, los museos, las empresas consultoras, el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN), la Corporación Nacional para el Desarrollo de Pueblos Indígenas (CONADI), la Sociedad Chilena de Arqueología (SChA), entre otras.

Esta variedad de temas están necesariamente vinculados con el importante desarrollo experimentado por la AIA, que se ha integrado a las situaciones y procedimientos mecánicos y legales relacionados con la regulación del tratamiento de los bienes culturales arqueológicos, en su calidad de bienes patrimoniales. Cáceres (1999) agrega, que en este campo se produce una inusual relación profesional, donde el arqueólogo es un prestador de servicios ante un cliente, que puede ser una empresa particular, o una consultora especializada en EIA (la que también es una empresa particular). Esta integración del arqueólogo en ámbitos sociales, culturales y económicos, ha permitido detectar un importante vacío en la formación profesional en materias legislativas vinculadas con el manejo de patrimonio arqueológico, histórico y antropológico, así como en asuntos de gestión cultural y comercial o económica.

Al interior de nuestra comunidad científica, se ha visto con desconfianza el desarrollo de esta arqueología, partiendo desde el ejercicio mismo, hasta por las cantidades de dinero involucradas en la realización de los estudios. La calidad científica, tanto del ejercicio como de los productos generados por la AIA ha sido pródigamente cuestionada, aunque no de forma organizada (como se espera de una comunidad científica que

se precie de tal), sino más bien a nivel de visiones y discusiones particulares, fuera de los ámbitos académicos, y sin la coherencia ni procedencia que amerita un debate constructivo. Cáceres y Westfall (2004) señalan que el desarrollo de trabajos arqueológicos en el marco del SEIA ha generado una discusión que pudiendo ser saludable no se ha aprovechado para mantener una convivencia sana y una reflexión serena; y agregan que esta actividad ha dejado incómodos a muchos al interior de la disciplina. Del mismo modo, Dillehay (2004) advierte que aún cuando no intenta generar una dicotomía entre arqueólogos (se refiere a los que ejercen en AIA) y académicos, ya que en muchas ocasiones los primeros y segundos ocupan posiciones en la AIA y la academia, muchos académicos han ignorado y denigrado abiertamente la AIA y sus resultados.

A partir de estas consideraciones, es importante señalar algunos aspectos débiles y aportes vinculados con esta práctica. Pero, antes que nada, es preciso subrayar lo poco auspicioso que resulta para la disciplina referirse negativamente a la AIA a estas alturas de su desarrollo particular y colectivo. Es más, muchos de los críticos iniciales, hoy participan en EIA¹. Y aún cuando podamos tener algunos reparos en cuanto a su desenvolvimiento, no se puede negar el significativo aporte de esta práctica en muchos ámbitos.

No obstante, tampoco se debe desconocer que la AIA se rige más bien por las directrices del mercado que por principios científicos. En su punto de partida está supeditada al cuándo y al dónde se realizará una obra pública o privada de envergadura obligada por la Ley de Bases del Medioambiente (Ley 19.300) a la presentación de un Estudio de Impacto Ambiental (EIA). Por lo tanto, en general, los arqueólogos insertos en esta dimensión no deciden donde llevar a cabo sus investigaciones; no construyen conocimiento a partir de una problemática determinada, sino en función del concurso de las empresas consultoras, líneas de base y rescates, efectuados sobre situaciones puntuales. No hay una aproximación en función de un *problema de investigación*, por lo que el ejercicio mismo se transforma en la aplicación de principios metodológicos básicos derivados de la práctica arqueológica normal en su etapa de obtención de datos y generándose mayoritariamente la elaboración de diagnósticos histórico-culturales locales. Esto también redundará en un alto grado de inductivismo, en donde los problemas se dan en situaciones de reflexión posteriores a la obtención de los datos situación que no descarta la posibilidad de que algún arqueólogo enfocado en la investigación de un área específica, y que desarrolla algún proyecto de AIA, haga un esfuerzo por generar una articulación que le permita orientar el EIA hacia la resolución de problemas previamente planteados, aunque por lo general no resulte así.

Este “origen” de la investigación en AIA obliga a los arqueólogos a integrarse directamente en temáticas sociales ajenas a la construcción de pasado propiamente tal, relacionadas con el patrimonio, la legislación y la gestión, términos no muy comunes en la arqueología tradicional y que, entre otras cosas, causa incomodidad: se nos saca de nuestro espacio y se nos instala en la sociedad misma.

Otro aspecto importante de señalar, es el escaso interés o esfuerzo que manifiestan los arqueólogos dedicados a la AIA en publicar los resultados de sus trabajos, aunque tal como lo señalan Cáceres y Westfall (2004) esto no es privativo a esta modalidad. No obstante, aun cuando esta situación tiende a revertirse, es altísimo el porcentaje de estudios que nadie llega a conocer. Si bien, debe quedar copia de cada estudio en el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN), las vías de información y acceso aún son desconocidas. Los potenciales usuarios de la información generada por AIA “*no están concientes de su existencia ni de su disponibilidad*” (Dillehay 2004: 533), a lo que se suma la reticencia por parte de algunos arqueólogos de no considerar los reportes de estos estudios como literatura académica, siendo escasamente citados en las publicaciones especializadas, desaprovechándose información que pudiera resultar importante en otras investigaciones.

Sin embargo, cada vez son más los arqueólogos dedicados a la AIA que publican en revistas especializadas los resultados de sus trabajos, incluso discutiendo problemas temáticos y regionales de relevancia científica,

¹ Khun (1967) advierte que en momentos de crisis paradigmática, es común que los miembros de la comunidad científica se resistan a los cambios al interior del desarrollo disciplinario.

planteando para ello la importancia de la “arqueología de sitio” (Seelenfreund y Westfall 2000). Así, desde mediados de la década de 1990 se cuenta con diversos artículos publicados principal, pero no exclusivamente, en el *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, así como en las Actas de los últimos Congresos Nacionales, que se han originado a partir de trabajos practicados en la AIA (p.e. Ocampo y Rivas 1995, 1996, Henríquez *et al.* 1997, Prado *et al.* 1998, Seelenfreund y Westfall 2000, Carmona *et al.* 2001, Núñez *et al.* 2003, Gaete *et al.* 2004, Urizar 2004 entre otros).

También destacable, es el rol que puede asignársele a esta práctica en el desarrollo temático orientado a la Arqueología Histórica, y que ha tenido su punto más significativo en su incorporación en el simposio de Arqueología Histórica al interior del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, en donde cerca de la mitad de los trabajos presentados correspondían a estudios de AIA realizados en áreas urbanas (Sanhueza *et al.* 2004). Otro evento de esta naturaleza fue la realización de un taller de Arqueología Histórica en 2001 (Jackson 2001) en donde la mayor parte de los trabajos correspondían a AIA. Lamentablemente no se conocen publicaciones de este encuentro.

El explosivo desarrollo de la AIA a comienzos de los ‘90, así como las dudas asociadas a su desenvolvimiento, ha generado otras dos instancias de discusión que se evalúan como un efecto positivo de esta práctica arqueológica. La primera efectuada a solicitud de la Sociedad Chilena de Arqueología (SCHa) en 1996, en Santiago (Falabella 1996), y la segunda, como un Simposio al interior del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena en 2000, en Arica. En ambos encuentros de discusión, corporativamente organizados, se plantearon reflexiones vinculadas con la ética y la comunicación entre los arqueólogos nacionales. En particular, el encuentro de 1996 dio origen a un espacio, que persistió sólo por algunos números en el Boletín de la SCHa titulado “Arqueología por Contrato”, en donde el CMN informaba acerca de los proyectos aprobados, pero no de los productos generados, en el SEIA. Por su parte, el Simposio “Manejo de Recursos del Patrimonio Cultural y Estudios de Impacto Ambiental” en Arica 2000, fue publicado en las actas del mencionado congreso en 2004, convirtiéndose en una referencia sistematizada destacada para abordar el tema.

Otro aspecto positivo destacado por Cáceres y Westfall (2004), es el rol desempeñado por esta práctica en la puesta en valor de la disciplina misma, dando a conocer al resto de la comunidad nacional la exclusividad de nuestro conocimiento, incorporándonos a una legislación (Ley 17.288) que nos ubica como prácticamente los únicos capacitados para enfrentar las prospecciones, sondeos y rescates vinculados a patrimonio material arqueológico e histórico dentro del SEIA.

Asímismo, la AIA ha integrado a nuestra práctica cotidiana el concepto de patrimonio (al tener que recurrir constantemente a la Ley de Monumentos Nacionales). Mientras por otra parte, ha incorporado a las prácticas de terreno y laboratorio la participación de profesionales conservadores, en un intento por proteger y preservar los restos arqueológicos (Jackson 1998, 1999).

También destaca la importante cantidad de nuevas áreas geográficas prospectadas, y la gran cantidad de sitios que a partir de ésta se ha llegado a conocer (Cáceres y Westfall 2004). Regiones y localidades que históricamente escaparon, por diversas razones, al interés de los arqueólogos, han podido ser prospectadas y en algunos casos incorporadas como áreas de investigación.

Por último, esta modalidad se ha transformado en una importante fuente laboral que ha absorbido con bastante éxito económico a las nuevas (y no tan nuevas) generaciones de arqueólogos (Berenguer 1995, Jackson 1998, 1999, Dillehay 2004).

La Arqueología de Investigación

La investigación arqueológica tiene un origen de significativa profundidad histórica en nuestro país desde finales

del siglo XIX, destacando importantes personajes nacionales y extranjeros que han favorecido la construcción de las bases del desarrollo disciplinario (Uhle, Latcham, Oyarzún, Bird, Mostny, Le Paige, entre otros) (Cornejo 1997). Así, se ha desarrollado un proceso histórico de la disciplina bastante fructífero, llegando la arqueología a una posición destacada dentro del ámbito científico nacional.

Actualmente la investigación arqueológica en Chile, como actividad disciplinaria organizada y científicamente reconocida, se ejerce desde las Universidades, Institutos de Investigación, Museos y también de manera particular como arqueólogo no institucionalizado. Y si bien, se desarrolla actividad de investigación financiada desde universidades y fundaciones extranjeras, la principal fuente de financiamiento para la investigación arqueológica en nuestro país, proviene del Estado a través de fondos concursables distribuidos por la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT).

Para acceder a tales fondos, nuestra disciplina compite por ellos a la vez que todas las disciplinas de carácter científico y tecnológico que se desarrollan en Chile. Por lo tanto, para alcanzar el financiamiento necesario para la investigación, se debe proponer previamente una investigación fundamentada en el planteamiento de problemas y la utilización del método hipotético-deductivo para el alcance de los resultados. Tales propuestas, o proyectos de investigación, son evaluadas por los propios pares, a instancias intermediadas por una comisión conformada por especialistas, con el objeto que se cumpla con requisitos de excelencia determinados en función de criterios universales de procedimiento científico. Asimismo, los investigadores proponentes son evaluados en función de su excelencia académica, experiencia y dominio de los temas que proponen investigar, así como en función del equipo de trabajo que configuren. Para ello, es considerada tanto la formación académica (Títulos y Grados académicos) como la producción supuesta en las publicaciones especializadas y/o indexadas, tesis dirigidas, etc. Con esto se pretende asegurar un adecuado proceso en la construcción de conocimiento, así como óptimos resultados finales. Bajo tales principios, la investigación se desenvuelve siguiendo problemáticas determinadas, perfilándose como la forma más legitimada y normalizada de generar conocimiento arqueológico, nacional e internacionalmente.

No obstante, esta arqueología no está exenta de problemas y limitaciones, percibiéndose frecuentemente una suerte de aislamiento en relación a las áreas temáticas y geográficas tratadas entre los investigadores, lo que ha originado un escaso debate y confrontación teórica, sesgo que pareciera arrastrarse desde muy temprano. Efectivamente, en la investigación arqueológica, los investigadores han desarrollado temáticas regionales, frecuentemente a partir de enfoques y objetivos histórico culturales sin exponer sus resultados a la crítica organizada, configurándose éstos en verdades absolutas.

Esta situación, observada por diferentes autores, se ha convertido en uno de los principales obstáculos para el desarrollo disciplinario, aunque escasamente se ha intentado una reversión consistente. Cornejo (1999: 1), advierte que la arqueología chilena tiene entre sus más temidos fantasmas a la crítica y al debate, ya que ambos son mirados como fuente de enfrentamientos que conducen principalmente al descrédito y a la difamación. Así nuestra disciplina ha avanzado poco, ya que en la medida en que las hipótesis planteadas rara vez son discutidas y rebatidas en forma contundente, tanto las buenas como las malas ideas se van acumulando hasta formar especies de estatuas inertes.

Berenguer (1994) también hace notar la falta de debate organizado, incluso quejándose de que quienes son requeridos para ello llaman a no perturbar las aguas de la disciplina. Asimismo, hace notar que las críticas son asumidas como rencillas personales, lo que en definitiva, a mi juicio, pone de manifiesto nuestra inmadurez en tanto comunidad científica. Para Gallardo (1992), la crítica es y ha sido siempre de pasillo, lo que le resta seriedad y legitimidad a las mismas; en tanto que para Mena (1992) la falta de crítica se explica por el miedo de nuestros colegas a perder sus puestos de trabajo, y a que los arqueólogos somos muy pocos y conocidos, lo que limita las posibilidades de hacer evaluaciones imparciales.

No sólo ha existido una falta de discusión acerca de los resultados de las investigaciones, sino también una importante ausencia de reflexión teórica, metodológica y epistemológica, rescatándose, según Gallardo (2000) sólo algunos intentos disimulados (véase también Salazar y Jiménez 1999), lo que ha tendido a estancar no sólo el conocimiento, sino también su desarrollo y producción.

Otra situación cuestionable en relación a la investigación arqueológica en Chile, es la excesiva regionalización en la que se ha envuelto el desarrollo disciplinario. Entre nuestros propios colegas se ha advertido una suerte de “feudalismo arqueológico”, en que distintas áreas geográficas son trabajadas por investigadores o equipos de investigadores aislados, limitándose el acceso de otros investigadores tanto a territorios como a temáticas particulares. Aunque esto puede ser discutido y negado, argumentándose que jamás se ha hecho explícito el rechazo del ingreso de investigadores a lugares y temas determinados, se puede afirmar que tal rechazo es tácito (Berenguer 1996, SChA 1995) generándose adversidades sin mayor fundamento que las diferencias de afinidad personal. Es frecuente escuchar entre nuestros colegas sus intenciones de abordar investigaciones en regiones poco estudiadas o desconocidas *“para no molestar a nadie”*.

El obstaculizar el ingreso de investigadores a áreas determinadas, limita el desarrollo de temas que pudiendo ser trabajados por especialistas, son tratados por aquellos que mejor dominan la región, lo que ha conllevado a una especialización territorial que no favorece el desarrollo de temáticas específicas y/o transversales.

A su vez, y aunque no es claro si antes o después, el énfasis puesto en el enfoque histórico cultural resulta ser un cómplice o una consecuencia de lo anteriormente expuesto, restringiéndose las investigaciones a la elaboración de secuencias regionales y a la explicación de fenómenos locales. Así, los investigadores en nuestro país tienden a “abrir” nuevos espacios incorporando áreas geográficas no exploradas volviéndose recurrentemente al punto de partida, ubicado para muchos en la elaboración de la secuencia histórico cultural local.

Otra situación limitante para el desarrollo de la disciplina y que se registra constantemente es el establecimiento de una suerte de “agenda”, observándose que las propuestas de investigación no son aprobadas si no refieren a temáticas de interés regional, o no son explícitamente condescendientes con quienes las desarrollan.

Un problema recurrente son los estudios, antecedentes y datos (registros, fechas y materiales) que no llegan a conocimiento de la comunidad arqueológica ni menos a la comunidad nacional. Datos importantes como sitios, fechas y artefactos determinados que en muchos casos jamás llegan a publicarse, o se publican cuando ya no revisten el interés que pudieron tener en un momento más adecuado.

Estas condiciones: la falta de debate o crítica organizada, la ausencia de reflexión teórica, el feudalismo arqueológico (territorial y temático), la tendencia a la aplicación únicamente de modelos histórico-culturales y el celo por no informar el registro completa y adecuadamente, favorecen el estancamiento en el desarrollo teórico y metodológico de la disciplina, la sobrevaloración de la investigación en áreas importantes, pero escasa y escuetamente trabajadas, la consolidación de interpretaciones insuficientes y la renovación de investigadores. Como principal consecuencia de ello resulta la perpetuación de prehistoria ya escrita, siendo escasas y prácticamente nulas las teorías generales o de calidad paradigmática con las que se haga posible enfrentar la investigación, contradiciéndose los parámetros de universalidad científica que aspira a desarrollar esta modalidad y que se le exige a quienes en ella se desenvuelven.

No obstante, y como se ha señalado, a partir de la segunda mitad de la década de 1990 es posible observar cambios importantes tanto en la práctica arqueológica como en la actitud de los arqueólogos, lo que puede interpretarse como consecuencia de estas condiciones adversas que han debido sortear el importante número de arqueólogos que se ha integrado a la actividad a partir de este momento.

Así, se advierte aunque no tan rápido como se quisiera, un paulatino aumento de la discusión en términos profesionales y con ideas renovadoras. Jackson (1997), en un breve artículo, cuestiona los planteamientos previamente formulados por Rivera y Cobo en 1996, acerca de la presencia de elementos culturales y diagnósticos errados relacionados al llamado Complejo Cultural Huentelauquen en el Norte Chico de Chile.

Con mayor resonancia, García y Labarca (2001a y b) proponen una interpretación diferente a la ofrecida por Cornejo y colaboradores (1998) acerca de las ocupaciones más tempranas de un sitio de la precordillera de Santiago en Chile Central, a la vez que ponen de manifiesto la insuficiencia del concepto de Paleoindio para la arqueología de la zona centro sur del país. Como contraparte, Cornejo y Saavedra (2001) responden a esta nueva interpretación revalidando sus argumentos y confrontando académicamente la propuesta de García y Labarca, y agradeciendo el interés de estos jóvenes profesionales por el debate. A esta discusión también se suma Núñez (2001), que anteriormente junto a Mena (Núñez y Mena 1997) desarrolla un significativo aporte de acuerdo a sus experiencias y dominio temático acerca de la problemática generada por el consenso y aceptación del sitio Monteverde como Paleoindio. En esta discusión también participan Meltzer (1997) y Dillehay y Pino (2000).

Ayala (2001) y Horta (2004) por su parte, revisan detalladamente los vínculos de las sociedades formativas del extremo norte de Chile con el altiplano circuntítico, dejando en evidencia que los procesos de interacción conocidos desde principios de la década de 1970 y reproducidos en la literatura prácticamente hasta la actualidad, necesitan ser reevaluados y reconceptualizados, advirtiendo que las -hasta ahora ya míticas- colonias altiplánicas se reducirían a la presencia de algunas tecnologías compartidas. Además enfatizan en los componentes culturales locales para explicar los desarrollos del período.

Aunque escasos, resulta importante destacar estos ejemplos con el fin de valorizar la discusión, la que no sólo promueve nuevas ideas sino que nos obliga a reflexionar acerca de gastadas interpretaciones y a no seguir reproduciendo esquemas conceptuales errados y/o insuficientes.

Por otra parte, también conviene destacar algunos importantes avances producidos en la investigación durante la última década, lo que se asocia al considerable aumento del número de arqueólogos en los circuitos de investigación. Al respecto, resulta significativo el creciente aumento de investigaciones multidisciplinarias que han puesto énfasis en aspectos geológicos y/o paleoclimáticos, destacando los estudios de cambios ambientales holocénicos en la puna de Atacama (Núñez *et al.* 1997 y 1999), así como los recientes estudios de proveniencia de materias primas que comienzan a despegar después de algunos ensayos pioneros en la zona central, dedicándose el número 28 completo de la revista *Estudios Atacameños* a esta temática.

También destacable es la creciente especialización que han adquirido los investigadores en diversas materialidades y temas. Los estudios cerámicos, tanto de tipologías como de aspectos tecnológicos funcionales y productivos, han aportado de manera importante al desarrollo de la arqueología en diferentes regiones del país, destacando aquellos desarrollados por Uribe (2002 entre otros) en la región atacameña y los de Falabella y colaboradores (2002 entre otros) en la zona central.

Además, se han desarrollado de manera significativa los estudios arqueobotánicos, etnobotánicos, arqueofaunísticos, malacológicos, ictiológicos, textiles, líticos, arte rupestre y arquitectura, fomentando encuentros y simposios en congresos nacionales, y siendo publicados en números completos de revistas especializadas, con importantes alcances teóricos y metodológicos, aportando considerablemente a la interpretación de los fenómenos culturales pasados.

Asímismo, destaca el creciente desarrollo de investigaciones en regiones y áreas tradicionalmente excluidas o de poco interés general, destacando aquellas llevadas a cabo en Caspana (*Estudios Atacameños* N° 18), Choapa (*Werken* N° 5), Chile Central, Sur y Patagonia, lo que ha contribuido a generar una visión más amplia de la arqueología nacional.

Otras situaciones

En principio, las tres formas de ejercicio disciplinario hasta aquí descritas, conforman las principales modalidades de construcción de conocimiento arqueológico y a su vez, las principales fuentes laborales y de integración social de los arqueólogos en Chile. Sin embargo, hay otras formas de ejercicio menos desarrolladas que han significado un aporte a nuestra disciplina en particular y a la sociedad en general: la docencia universitaria y las pericias judiciales.

Cada vez es más creciente la participación de arqueólogos en labores de docencia universitaria, dictando cátedras vinculadas con el conocimiento antropológico, lo que se ha visto favorecido por el importante aumento experimentado por las casas de estudios superiores privadas y la inclusión en los programas de estudios de las disciplinas relacionadas con las ciencias sociales de materias, que de manera cabal o parcial son dominio de la arqueología.

Así, es cada vez más recurrente que arqueólogos dicten cátedras en las carreras y licenciaturas de derecho, sociología, periodismo, pedagogía, psicología, historia, entre otras. Incluso, hay colegas que dictan o han dictado clases de antropología en las escuelas de la Policía de Investigaciones de Chile y de Carabineros de Chile. Aunque es probable que muchos de los temas entregados por los arqueólogos en estas diversas escuelas no sean particularmente de nuestro interés, es importante destacar esta forma de ejercicio como una significativa fuente laboral que los arqueólogos, sobre todo aquellos de generaciones más recientes, han sabido aprovechar.

Otra área de actividad desarrollada por los arqueólogos en la última década, han sido las pericias judiciales vinculadas a casos de violaciones a los derechos humanos (DD-HH), y específicamente a casos de detenidos desaparecidos acaecidos durante la dictadura militar entre 1973 y 1990 (Cáceres 1992, Carrasco *et al.* 2006).

Si bien, ya en 1985 algunos arqueólogos del Museo Chileno de Arte Precolombino participan en la búsqueda de personas detenidas desaparecidas, es durante la década de 1990, junto con el fin de la dictadura militar y el advenimiento de la administración de gobiernos civiles, cuando nuestra disciplina colabora más activamente con el Poder Judicial en la búsqueda y hallazgo de personas. Tal colaboración se fundamenta no sólo en la búsqueda y excavación, sino también en la reconstrucción de los eventos de inhumación y exhumación ilegales (Carrasco *et al. op.cit.*), proporcionando a partir de la aplicación de los principios básicos de la arqueología, la mejor forma de recuperación de información asociada a los hallazgos. Asimismo, los peritajes arqueológicos en estas causas han permitido desmentir y aclarar situaciones de montajes políticos mediáticos.

Hacia una arqueología dicotómica

Como ya se indicara al comienzo del apartado anterior, los arqueólogos conocemos y manejamos cierto *ethos* que nos otorga versatilidad para desenvolvern en el ejercicio de cualquiera de las modalidades señaladas. No obstante, a partir de la práctica arqueológica desarrollada actualmente en Chile, es posible establecer una dicotomía en la disciplina arqueológica. Así, se pueden establecer claramente dos formas de arqueología: una científica o académica y una profesional o aplicada.

La arqueología científica vendría a ser aquella directamente involucrada en la construcción o producción de conocimiento, en tanto que la profesional aplica tales conocimientos a situaciones y problemáticas extradisciplinarias. La producción de conocimiento arqueológico por parte de la arqueología científica no sólo se limita a la construcción de la prehistoria, sino que también a la construcción de teoría arqueológica y de metodologías. Sin embargo, la arqueología profesional está llamada a ser una importante productora de metodologías de acuerdo con las particulares situaciones de aplicación a que se ve expuesta constantemente.

La arqueología científica tiene un campo limitado en la investigación, y dado que sus objetivos y procedimientos están bien regulados dentro de los ámbitos académicos que rigen la ciencia en general, su

financiamiento es restringido y exclusivo para su desarrollo interno. En este sentido, se espera que sus resultados contengan las soluciones a problemáticas amplias de interés “universal” a fin de que el conjunto de la sociedad sea la beneficiaria del producto que ésta genere.

La arqueología profesional o aplicada supone la utilización de los productos generados por la arqueología científica para el cumplimiento de sus objetivos. Las metas de ésta están vinculadas a situaciones particulares demandadas por parcialidades determinadas de la sociedad. Así, la aplicación de conocimiento arqueológico, prehistórico, teórico y metodológico en tales situaciones particulares genera una suerte de círculo en que, por un lado, se aplica un conocimiento adquirido en el ámbito científico, mientras que por otro, se construye un conocimiento particular determinado por la situación de la aplicabilidad.

La arqueología profesional no parece estar limitada a ninguna situación en particular, y su ámbito de acción parece ser cada vez más creciente. De este modo, hay arqueólogos que se desempeñan en EIA, dictando clases en universidades e institutos profesionales, en difusión a través de museos y en ámbitos judiciales. Dada esta amplia gama de espacios donde se encuentran arqueólogos desempeñando labores profesionales, es posible advertir una continua apertura de nuevos espacios donde los arqueólogos entreguen y/o apliquen sus conocimientos.

La dicotomía entre arqueología científica y profesional, académica y aplicada, actualmente puede no ser tan clara ni determinante, pero es evidente que de acuerdo con el creciente egreso de arqueólogos desde las distintas escuelas, y a lo restringido que resulta el campo de la investigación, se irá haciendo cada vez más profunda y persistente, ya que las nuevas generaciones se centrarán principalmente en abrir y copar espacios que tradicionalmente han sido ignorados por la arqueología de investigación o que simplemente no están dentro de su radio de acción.

Esta situación que tiende a acrecentarse, tenderá a estabilizar la dicotomía, y es probable que a futuro los arqueólogos se formen exclusivamente dentro de una u otra arqueología. Así, se hace posible y necesaria la formación de arqueólogos con conocimientos en áreas legislativas, de gestión de recursos tanto culturales como financieros, y de educación, manteniéndose diferenciadamente la formación en investigación.

Conclusiones

A partir de lo expuesto hasta aquí, se visualiza que desde mediados de la década de 1990 la actividad arqueológica chilena ha experimentado una serie de cambios que permiten definir o determinar una nueva etapa dentro del desarrollo histórico de la disciplina. Ya en 1995 Falabella (1995: 1) advertía que el escenario de nuestro quehacer profesional está cambiando profundamente. Estos cambios son observados en la práctica arqueológica y en las formas que adopta la construcción de conocimiento arqueológico.

Esta nueva etapa se caracterizaría principalmente por una creciente y marcada dicotomía entre arqueología científica y profesional. Al respecto, ha jugado un papel fundamental la incorporación de los estudios arqueológicos al SEIA, lo que ha iniciado una apertura de nuevas posibilidades laborales con bastantes beneficios económicos para los arqueólogos. La AIA incorpora en estudios específicos una gran cantidad de arqueólogos, llegando en casos recientes, a contar con la presencia de hasta 120 arqueólogos por campaña, entre los que se cuentan muchos titulados experimentados, licenciados y estudiantes, además de conservadores y topógrafos (Proyecto Arqueológico Mauro). Esto es sólo una parte de la apertura de nuevas posibilidades laborales, ya que es cada vez más frecuente el ingreso de arqueólogos a ámbitos de trabajo distintos a la investigación científica tradicional y regulada.

La apertura de nuevos espacios de aplicación está estrechamente vinculada con el desarrollo social, político y económico que ha experimentado nuestro país a partir de 1990, determinado por el fin de la dictadura militar y la consolidación del sistema económico neoliberal. Estemos o no de acuerdo con éste, el creciente desarrollo

económico en Chile ha posibilitado el establecimiento de leyes y reglamentaciones que han derivado en un aumento de la actividad arqueológica, en una mejor absorción laboral y en un incremento sustancial en los ingresos de los arqueólogos. Asimismo, la liberación económica de la educación y la formación profesional, manifiesta en la apertura de un elevado número de instituciones de educación superior y universidades privadas, ha permitido a nuestros colegas acogerse en las plantas académicas de éstas.

Por otra parte, la posibilidad de abrir investigaciones judiciales para solucionar conflictos generados en las décadas anteriores, determinada por los acuerdos políticos entre el gobierno y los militares, también ha permitido el ingreso de profesionales arqueólogos a los procesos y a las pericias asociadas, con excelentes resultados tanto para los jueces como para nuestro desarrollo disciplinario, al tener que diseñarse metodologías específicas para estos casos.

De este modo, la nueva situación social, política y económica que vive nuestra sociedad a partir de 1990 hace que los arqueólogos se instalen en espacios laborales alejados de la investigación científica tradicional, generando las bases de la dicotomía característica de este nuevo período.

Por su parte, la investigación científica también ha experimentado importantes cambios, siendo el principal, la creciente especialización (Cornejo 1997, Berenguer 1993), y últimamente la preocupación de los arqueólogos más dedicados a la academia, por actualizar y mejorar sus formaciones con estudios de postgrados nacionales y extranjeros. Así, la arqueología científica ha mejorado los procesos de investigación y por ende sus resultados, y se está comenzando a enfatizar en aspectos teóricos que permitan despegar desde el paradigma histórico cultural dominante hasta ahora. La especialización ha contribuido considerablemente al respecto, ya que a partir de ella se han abierto problemáticas que distan de la mera elaboración de secuencias de historia cultural enfatizándose aspectos tecnológicos, funcionales y simbólicos de las distintas materialidades.

También la multidisciplinariedad se ha transformado en uno de los principales puentes para avanzar en el desarrollo disciplinario, siendo cada vez más inconcebible enfrentar una investigación arqueológica únicamente desde nuestra disciplina, ya que las nuevas preguntas y problemáticas a las que nos vemos enfrentados nos obligan a buscar las respuestas en perspectivas teóricas y metodológicas complementarias, mejorando de esta manera la observación y la consecuente resolución de problemas.

Agradecimientos: Mis agradecimientos a Gustavo Politis, Charles Rees, Francisco Gallardo y Marcela Sepúlveda por la lectura del manuscrito y sus importantes comentarios, así como a las editoras quienes aportaron a mejorar considerablemente este artículo.

REFERENCIAS CITADAS

Ayala, P.

2001. Las sociedades formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños* 21: 7-40.

Berenguer, J.

1993. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 16: 32-35.

1994. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 18: 34-35.

1995. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 20: 1-2.

1996. New York, New York: Los últimos días del milenio en la arqueología chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 38-41.

- Cáceres, I.
1992. Arqueología, Antropología y Derechos humanos. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 15: 15-18.

1999. Arqueología y Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28: 47-54.
- Cáceres, I. y C. Westfall
2004. Trampas y amarras: ¿es posible hacer arqueología en el Sistema de Evaluación e Impacto Ambiental?. *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 1: 483-488. Arica.
- Carmona, G., H. Ávalos, E. Valenzuela, J. Strange, A. Román y P. Brito
2001. Consolidación del Complejo cultural Bato en la Costa Central de Chile (curso inferior del río Aconcagua): Sitio Los Eucaliptos. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 31: 13-25.
- Carrasco, C., K. Jensen e I. Cáceres
2006. Arqueología y Derechos Humanos: Aportes desde una ciencia social en la búsqueda de detenidos desaparecidos. *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 665-673. Tomé.
- Córdova, J., Y. Ossandón, N. Álvarez y J. Bernal
2004. El Museo Arqueológico en la dinámica cultural de ver y aprender. *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 2: 687-696. Arica.
- Cornejo, L.
1993. Arqueología, museos y sociedad: un espacio para las utopías. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 26-28

1997. Buscadores del pasado. Una breve historia de la arqueología chilena. *Chile antes de Chile, prehistoria*. Editado por J. Berenguer, pp 9-15. Museo Chileno de Arte Precolombino. Santiago, Chile.

1999. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28: 1.
- Cornejo, L., M. Saavedra y H. Vera
1998. Periodificación del Arcaico en Chile central: una propuesta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25: 36-39.
- Cornejo, L. y M. Saavedra
2001. ¿Ser o no ser Paleoindio? Comentario a García y Labarca. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 77-81.
- Dillehay, T.
2004. Reflexiones y sugerencias sobre la arqueología ambiental en Chile desde la perspectiva de un observador externo. *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 1: 531-534. Arica.
- Dillehay, T. y M. Pino
2000. Réplica al artículo sobre Monte Verde de Lautaro Núñez y Francisco Mena: Entre lo esperado y lo ignorado. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 30: 48-51.
- Gaete, N., X. Navarro, F. Constantinescu, C. Mera, D. Selles, M. Solari, L. Vargas, D. Oliva y L. Durán
2004. Una mirada al modo vida canoero del mar interior desde Piedra Azul. *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 1: 333-346. Arica.
- Gallardo, F.
1992. Atrás ¡sin golpes!: ¿la arqueología es criticable o discutible?. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 14: 19-21.

1993. Posmodernidad y arqueología (Primera parte). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 45-50.

1994. Posmodernidad y arqueología (Segunda parte). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 18: 23-28.
2000. Teoría: Todo lo que siempre quiso saber y nadie le quiso contar con franqueza acerca de este asunto en antropología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 29: 57-63.
- García, C. y R. Labarca
2001a. Ocupación temprana de “El Manzano1” (región Metropolitana): ¿campamento Arcaico o paradero Paleindio?. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 31: 56-70.
- 2001b. ¡Aún tenemos debate compañeros! Comentarios a la réplica de Cornejo y Saavedra. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 82-83.
- Falabella, F.
1995. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 1.
1996. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 22: 1.
- Falabella, F., L. Sanhueza y E. Fonseca
2002. Las materias primas de la cerámica Aconcagua Salmón y sus implicancias para la interpretación de la organización de la producción alfarera. *Chungara* 34/2: 167-190.
- Henríquez, M., J. Sanhueza, C. Prado y A. Araya
1997. Excavaciones arqueológicas en un cementerio colonial de Santiago: La Pampilla. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 30-33.
- Horta, H.
2004. Iconografía del Formativo Tardío del norte de Chile. Propuesta de definición e interpretación basada en imágenes textiles y otros medios. *Estudios Atacameños* 27: 45-76.
- Jackson, D.
1997. Acerca de la persistencia de componentes Huentelauquen en tiempos tardíos. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 47-49.
1998. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25: 1.
1999. Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 1.
2001. Nota del Presidente. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 1-2.
- Khun, T.
1967. *La estructura de las revoluciones científicas*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Mexico.
- Meltzer, D.
1997. Monte Verde y el poblamiento de las Americas. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 44-46.
- Mena, F.
1992. Crítica arqueológica y gran público. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 14: 17-18.
- Miranda, P.
1993. Arteología: Demiurgos en acción. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 50-51.
- Núñez, L.
2001. Un breve comentario a García y Labarca. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 81-82.
- Núñez, L. y F. Mena
1997. El caso Monte Verde: ¿Hacia un veredicto final? *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 38-44.

- Núñez, L., M. Grosjean, B. Messerli y H. Schrelier
1997. Cambios ambientales holocénicos en la puna de Atacama y sus implicancias paleoclimáticas. *Estudios Atacameños* 12: 31-40.
- Núñez, L., M. Grosjean e I. Cartajena
1999. Un ecorefugio oportunístico en la puna de Atacama durante eventos áridos del Holoceno Medio. *Estudios Atacameños* 17: 125-174.
- Núñez, L., C. Agüero, B. Cases y P. De Souza
2003. El campamento minero Chuquicamata-2 y la explotación cuprífera prehispánica en el desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* 25: 7-34.
- Ocampo, C. y P. Rivas
1995. Caracterización arqueológica preliminar del área de cobertura del proyecto río Cóndor, sureste de la Tierra el Fuego chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 28-31.
1996. Arqueología del suroeste de la Tierra del Fuego: río Bueno y Puerto Arturo (proyecto río Cóndor). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 25-30.
- Orellana, M.
1993. 30 años de docencia universitaria en la disciplina arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 26-28.
2000. *Historia de la Arqueología en Chile*. Editorial Universitaria. Santiago.
- Prado, C., J. Sanhueza, V. Reyes y M. Henríquez
1998. Arqueología urbana en el proyecto de extensión de la Línea 5 de Metro (región Metropolitana). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25: 10-13.
- Salazar, D. y C. Jiménez
1999. Epistemología y arqueología. De la urgencia por perder la inocencia. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28: 31-36.
- Sanhueza, J., M. Henríquez, C. Prado, V. Reyes y P. Núñez
2004. Presentación y comentarios (Simposio: Estado actual de la Arqueología Histórica en Chile: Teoría y Método). *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 1: 107-108. Arica.
- Seelenfreund, A. y C. Westfall
2000. Un aporte de los Estudios de Impacto Ambiental: Dos nuevos fechados para la costa de Chile Central, localidad de El Bato (V región). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 30: 10-16.
- Sociedad Chilena de Arqueología (SChA)
1995. XXX aniversario Sociedad Chilena de Arqueología, Jornadas de reflexión 1963-1993. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, Número Especial.
- Uribe, M.
2002. Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22: 7-32.
- Urizar, G.
2004. El material cerámico del sitio Camisas-6 (embalse Corrales), Comuna de Salamanca, Provincia de Choapa. *Chungara*, Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Número Especial, tomo 2: 817-832. Arica.